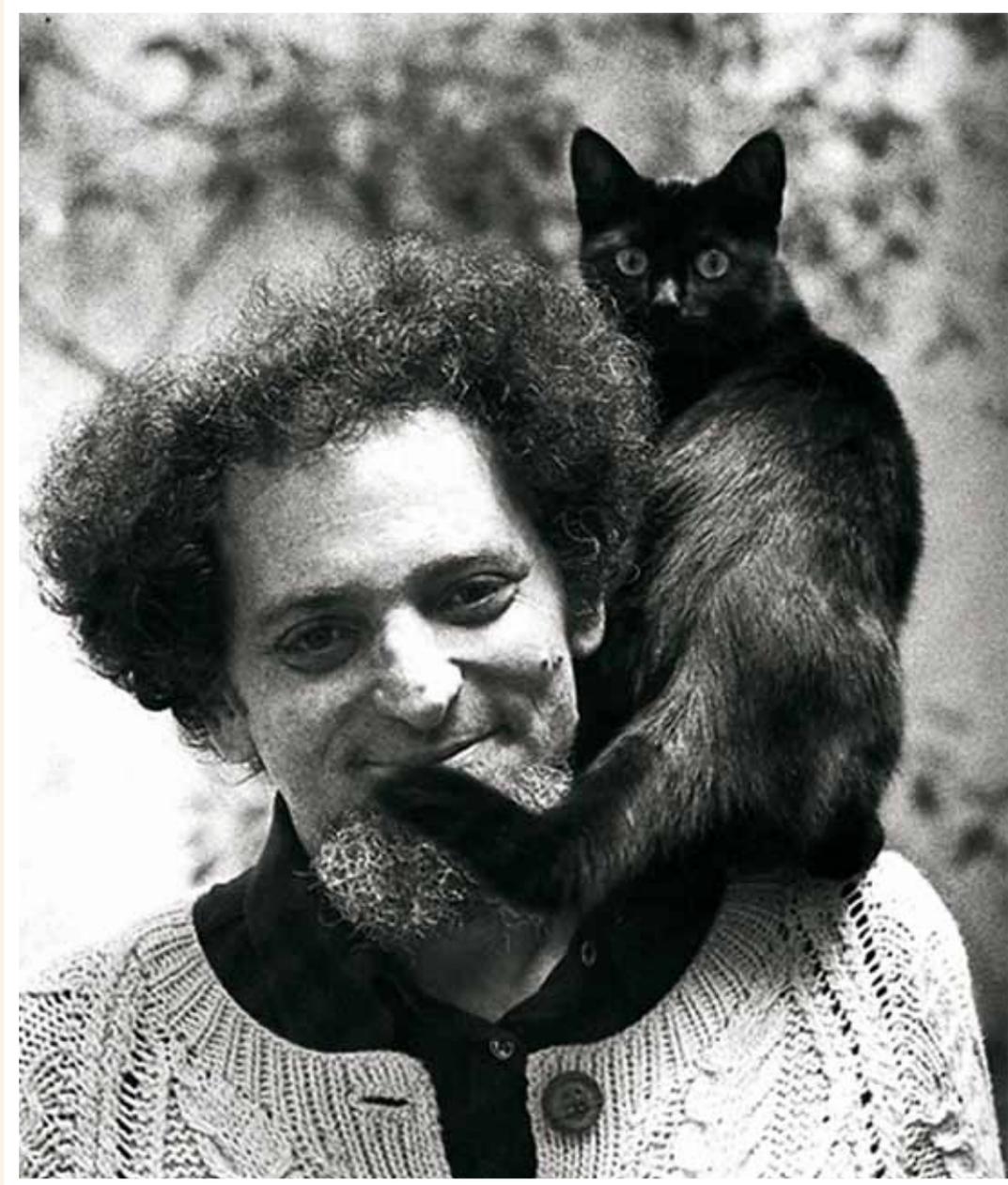


Georges Perec



El bibliotecario más
extraño del mundo

Todo en la vida y en la obra de Perec (1936-1982) es raro. Empezando por el apellido. Perec. ¿Alguien ha conocido a algún Perec en la historia de Francia? Además, ni siquiera se llamaba así. Su padre, Icek Peretz, fue un judío polaco emigrado a Francia en los años veinte, que murió luchando en las filas francesas durante la Segunda Guerra Mundial. Su madre también murió en esa época, en Auschwitz, perseguida por los nazis. Afrancesado su apellido y criado por unos tíos paternos, el futuro bibliotecario Perec estudió sociología e historia en La Sorbona.

Más raro que su apellido es su aspecto. Las mejores fotos de él son aquellas en las que mira de frente a la cámara, con los ojos saltones, a punto de salirse de sus cuencas, las cejas levantadas en forma de logo de Nike, los pelos estirados hacia fuera como si le hubiera dado un gran calambrazo y sus miles de cabellos lucharan por separarse del cuero, y la enorme perilla, sin bigote, larga y poblada, que sube hasta la mitad de la cara hacia las orejas.

Pero lo más raro de todo es su literatura. Quizá sea el escritor más original del siglo XX, el más vanguardista, que pugna por dejar pequeños a Joyce y Cortázar, gracias al alcance de su experimentalismo. Probablemente por eso no es un autor de masas, sino de fanáticos, seguidores y expertos, aunque también ha sido notoria su popularidad en los mentideros culturales de Francia. Su obra pertenece al estilo que se llamó “literatura potencial”, es decir, la creación de formas literarias susceptibles de conseguir la absoluta originalidad. El nombre de ese movimiento es *Oulipo*: “Ouvroir de Littérature Potentielle”, que tuvo su importancia en la cultura francesa de mitad de siglo, cuando dominaban la narrativa gala el *nouveau roman* y el existencialismo sartreano. La experimentabilidad hasta el límite llevó a los miembros del grupo a multitud de reglas combinatorias, sobre todo a tres de ellas: el lipograma (hacer desaparecer, por ejemplo, una letra de la obra literaria, es decir, crear un texto largo sin la a, o sin la e), la translación léxica (o S + 7 en que, partiendo de un texto base, con ayuda de un diccionario, se reemplaza en él cada sustantivo por el séptimo posterior a él, que se encuentre en ese diccionario) o la literatura definicional (sustituir cada palabra significativa por su definición en el diccionario). Un ejemplo claro de lipograma se encuentra en

la novela de Perec *La disparition* (La desaparición), una narración de intriga donde no aparece la letra “e”, que en español se tradujo como *El secuestro*, y evitaba, sin embargo, la letra “a”. Por el contrario, en *Les revenentes* solo utiliza la vocal “e”. En *Alphabets* no repite consonante alguna sin haber usado con anterioridad todas las demás consonantes del alfabeto. Y en *La vida: instrucciones de uso*, articula toda la narración mediante el movimiento del caballo en el ajedrez. Los ejemplos de S + 7 son numerosos en la obra de Perec, emulados por oulipianos españoles en frases como “España se constituye en un Estado social y democrático de derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico, la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político” que se convierte por esa sustitución pactada aleatoriamente en “España se constituye en un estafador social y democrático de derivación, que propugna como valkirias superiores de su ordeño jurídico la libidinosidad, el justiprecio, la ijada y la plutocracia política”.

Perec ganó un importante premio en Francia, el Renaudot, ya desde su primera novela, *Les choses. Une histoire des années soixante* (1965), traducida al español como *Las cosas. Una historia de los años sesenta*. Desde entonces, combinó la escritura literaria experimental con el trabajo de bibliotecario, que había comenzado en 1961. Así hasta 1978, año en que publicó su obra más famosa: *La vida: instrucciones de uso*, que ganó el Premio Médicis, y le permitió, a partir de entonces, cumplir su sueño: dedicarse completamente a la literatura, sin tener que ejercer otro trabajo remunerado. Algo que duró muy poco tiempo, porque falleció cuatro años más tarde, de un cáncer de pulmón. Esa novela llegó a ser elegida por *Le Monde* como la mejor de la literatura universal escrita entre 1975 y 1985.

Fue, entonces, su trabajo como bibliotecario, el que más tiempo le ocupó en toda su vida laboral, desde 1961 hasta 1978. Perec se había casado en 1960 con Paulette Petras. Durante el primer año de matrimonio se trasladó con su esposa a Túnez, porque ella trabajaba allí como profesora, pero en 1961 volvieron a Francia, ya que el ambiente político en el país africano contra la antigua metrópoli era muy peligroso para los franceses. Túnez era independiente desde mitad de los cincuenta, pero la presencia militar francesa se mantuvo hasta 1963, año en que, definitivamente, todos los franceses tuvieron que regresar a su país. El matrimonio Perec se instaló en la capital parisina y comenzó a buscar trabajo. La novia de Régis Debray, France Benoît, que vivía realquilada en un apartamento del que los Perec se hacían cargo, sugirió a su primo André Hugelin que contratara a Georges para el puesto de documentalista que estaban tratando de cubrir en el CNRS, el Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia. Hugelin, un médico, profesor e investigador joven, ya muy prestigioso, concedió una entrevista a Perec, cuyas únicas credenciales eran una ausencia total de aseo y de gusto en el modo de vestir, un desconocimiento absoluto de la archivística y la documentación y una voz meliflua. Al menos –menudo consuelo–, parecía un muchacho inteligente, sabía hablar inglés correctamente y deseaba ser escritor. Con muchas reservas, y gracias a la insistente recomendación de France, Hugelin contrató a Perec para ese puesto de bibliotecario del CNRS, y allí permaneció casi dos décadas.

Las únicas credenciales de Perec eran una ausencia total de aseo y de gusto en el modo de vestir, un desconocimiento absoluto de la archivística y la documentación y una voz meliflua.

El centro de investigación, en la línea en la que estaba trabajando Hugelin, dependía del gran proyecto que Paul Dell, el gran especialista en neurociología francesa, había comenzado en la ciudad del Sena al regresar de los Estados Unidos en los años cincuenta. El país se había empobrecido enormemente por la guerra, pero Dell consiguió mucho dinero del U.S. Air Force y del Plan Marshall para su centro, que se especializaba en varios campos: la fisiología del movimiento del ojo, el sistema nervioso central, los problemas de la respiración humana, la neurofisiología del sueño y del insomnio.

Perec tenía que trabajar allí cuarenta horas a la semana y disfrutaba de treinta días pagados de vacaciones al año. Georges podía distribuir las jornadas a su conveniencia, por lo que no tenía horario fijo de entrada y salida del trabajo, siempre que cumpliera los objetivos semanales y los puntos concretos del contrato establecido. En muchas ocasiones, llegaba bien entrada la mañana, pero permanecía en el laboratorio hasta bien entrada la noche. Era frecuente que, cuando todos los investigadores abandonaban el lugar, Georges se quedaba en su oficina golpeando compulsivamente las teclas de la máquina de escribir, enfrascado en una novela o un relato, fumando Gitanes y con un cenicero a su lado lleno de colillas. Porque su labor como archivero y documentalista le permitía trabajar también en sus producciones literarias, ya que muchas veces solo se necesitaba su presencia física, por si llegaban pedidos de bibliografía o alguno de los casi cien investigadores del centro quería consultar un documento que Georges debía proporcionarle. Su labor era principalmente la de organizar la información que estaba depositada en el centro. Había un sistema de indexación que él tenía que respetar e ir completando conforme llegaban libros, artículos o documentos. Pero también debía saber qué investigaciones se estaban publicando sobre esos temas, quienes eran los autores, dónde se publicaban, qué temas trataban y cómo se podían localizar. Es decir, él estaba allí contratado para facilitar las investigaciones de los científicos que allí trabajaban a diario, en lo referente a la bibliografía.

El problema más grave que Perec tenía en la organización de su cometido era el de la categorización, es decir, cómo podía ser dividido y ordenado un campo concreto, cuántas categorías había que considerar, cuál era el criterio para colocar una delante o detrás de otra, cómo debían jerarquizarse los temas, y la decisión sobre las palabras clave debajo de las cuales un libro o artículo tenía que ser archivado. Por ejemplo, una obra que tratara sobre el hipotálamo de los gatos, ¿debía ser indexada bajo “CAT: cerebro (hipotálamo)”, bajo “HIPOTÁLAMO: gato”, o “CEREBRO: hipotálamo (felino)?” (Bellos 1993, p. 253). Para resolver esas cuestiones, Perec inventó un sistema de indexación llamado Flambo, unas tarjetas con veintiuna divisiones en el extremo superior, de siete colores diferentes, tres por cada color. Si se seguía un patrón coherente en la categorización por colores y posiciones de cada una de las divisiones, se podía encontrar rápidamente toda la información que se buscara, sin tener que repasar absolutamente el material entero de la biblioteca. En un año ordenó gran parte del material contenido en el centro, confeccionando más de cuatro mil fichas. Cada semana organizaba el contenido de, al menos, cien artículos de espe-

cial interés. Su sistema tuvo tanto éxito que, hasta la llegada de los ordenadores, varias décadas más tarde, muchos laboratorios franceses adoptaron el método Flambo.

Fueron muchos más los adelantos e invenciones que creó Perec en sus años como bibliotecario y documentalista, y gracias a ellos, el proyecto de Dell y Hugelin se desarrolló con una rapidez y una prestancia difíciles de superar. Pero el trabajo de Georges tuvo también consecuencias muy positivas para su propia obra literaria. La obsesión por el ordenamiento, la clasificación, la importancia de la colocación de las palabras, la naturaleza alfabética de los términos, la necesidad de considerar lo gramatical como una coherencia de lugar exacto donde algo debe colocarse, etc., generaron las principales líneas de experimentación de *Oulipo*. De hecho, su pericia e identificación con procesos clasificatorios fueron la inspiración para una de sus grandes obras de ficción, que constituye además toda una teoría de la labor y la naturaleza del bibliotecario y las bibliotecas. Esa obra, por otro lado inclasificable, se titula *Pensar, clasificar* (1986), que comienza con una definición necesaria:

Toda biblioteca (denomino biblioteca a un conjunto de libros reunido por un lector no profesional para su placer y uso cotidianos. Ello excluye las colecciones de bibliófilos y las encuadernaciones por metro, pero también la mayoría de las bibliotecas especializadas –las universitarias, por ejemplo– cuyos problemas particulares se parecen a los de las bibliotecas públicas) responde a una doble necesidad, que a menudo es también una doble manía: la de conservar ciertas cosas (libros) y la de ordenarlos según ciertos modos (Perec 1986, p. 26).

A continuación Perec desarrolla una teoría sobre el número de ejemplares que debe tener una biblioteca para ser operativa, y enumera los problemas que tiene la biblioteca cuando crece más de lo previsto: el del espacio y el del orden. El primer problema lo desarrolla haciendo acopio de las cosas diferentes que también suele haber en el espacio en el que habitan los libros, que generalmente es una sala de estar, como el bar con tapa, el escritorio con tapa, el platero de dos puertas, el mueble del estéreo, el mueble del televisor, el mueble del proyector de diapositivas, la vitrina, etc. Para compensar el espacio que todas estas cosas quitan a los libros, también estos pueden guardarse, continúa Perec, en el vestíbulo, en la sala de estar, en el o los dormitorios, en las letrinas, en la cocina, donde solemos guardar un solo género de obras, las que justamente denominamos “libros

Quando todos los investigadores abandonaban el lugar, Georges se quedaba en su oficina golpeando compulsivamente las teclas de la máquina de escribir, enfrascado en una novela o un relato, fumando Gitanes y con un cenicero a su lado lleno de colillas.

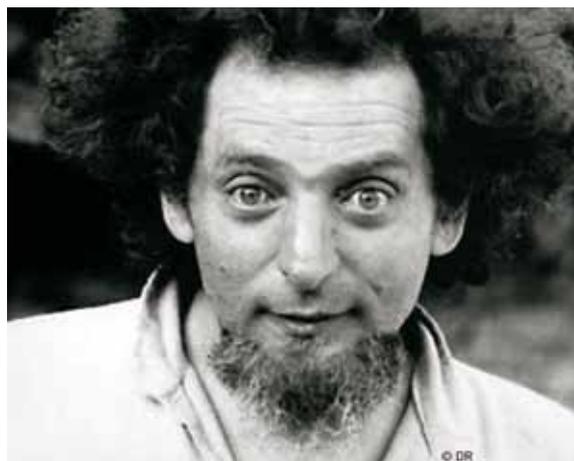
de cocina”. Seguidamente, hay un comentario muy original sobre el cuarto de baño: “Es rarísimo encontrar libros en un cuarto de baño, aunque para muchos se trate de un lugar favorito de lectura. La humedad ambiente es unánimemente considerada como la primera enemiga de la conservación de los textos impresos. A lo sumo podemos encontrar en un cuarto de baño un botiquín, y en el botiquín una pequeña obra titulada ¿Qué hacer antes de que llegue el médico?” (Perec 1986, p. 29).

Luego desciende hasta otros detalles, como lugares que no son habitaciones, sino partes diminutas dentro de habitaciones o pasillos, donde también puede haber libros o se pueden amontonar, como la repisa de las chimeneas o los radiadores, cuyo calor puede dañarlos, entre dos ventanas, en el vano de una puerta clausurada, en los escalones de un escabel de biblioteca, volviéndolo imposible de escalar, bajo una ventana, en un mueble dispuesto en abanico que divida el cuarto en dos partes, etc. Una vez que ha terminado de “ayudar” al lector-comprador-conservador de libros a descubrir espacios donde acumular polvo para toda la vida, trabaja con el orden, alrededor de la siguiente reflexión, no exenta de un saludable sentido del humor:

Una biblioteca que no se ordena se desordena: es el ejemplo que me dieron para explicarme qué era la entropía y varias veces lo he verificado experimentalmente. El desorden de una biblioteca no es grave en sí mismo; está en la categoría del “¿en que cajón habré puesto los calcetines?”. Siempre creemos que sabremos por instinto dónde pusimos tal o cual libro, y aunque no lo sepamos, nunca será difícil recorrer de prisa todos los estantes. A esta apología del desorden simpático

se opone la mezquina tentación de la burocracia individual: cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa y viceversa; entre estas dos tensiones, una que privilegia la espontaneidad, la sencillez anarquizante, y otra que exalta las virtudes de la tabula rasa, la frialdad eficaz del gran ordenamiento, siempre se termina por tratar de ordenar los libros; es una operación desafiante, deprimente, pero capaz de procurar sorpresas agradables, como la de encontrar un libro que habíamos olvidado a fuerza de no verlo más y que, dejando para mañana lo que no haremos hoy, devoramos al fin de bruceos en la cama (Perc 1986, págs. 30-31).

Hay, según Perc, muchas maneras de clasificar. Esta pericia en materia ordenatoria es el resultado, obviamente, de su experiencia como archivero y documentalista en el CNRS francés. Georges enumera hasta 12 posibilidades: alfabética, por continentes o países, por colores, por encuadernación, por fecha de adquisición, por fecha de publicación, por formato, por géneros, por grandes periodos literarios, por idiomas, por prioridad de lectura y por serie. Todo depende de nuestras prioridades, porque no todos los libros son iguales, ni se dejan ordenar igualmente. De hecho, a continuación propone una serie de títulos de la literatura universal, de los que varios son “muy fáciles de ordenar”, otros “no muy difíciles de ordenar” y unos cuantos “casi imposibles de ordenar”. Lo más interesante de esa sección es, quizá, el fragmento que habla de lo menos concreto. No importa tanto el orden y la organización de espacio como la ansiedad de la búsqueda, es decir, qué instinto espiritual pretende calmar el que se acerca a una biblioteca. Solo así se justifica una obra como la que Perc dedicó a la única ocupación laboral intensa y ex-



Perc desarrolla una teoría sobre el número de ejemplares que debe tener una biblioteca para ser operativa, y enumera los problemas que tiene la biblioteca cuando crece más de lo previsto: el del espacio y el del orden.

tensa que tuvo en su corta vida, además de la escritura literaria: “Como los borgianos bibliotecarios de Babel –concluye Perc–, que buscan el libro que les dará la clave de todos los demás, oscilamos entre la ilusión de lo alcanzado y el vértigo de lo inasible. En nombre de lo alcanzado, queremos creer que existe un orden único que nos permitiría alcanzar de golpe el saber; en nombre de lo inasible, queremos pensar que el orden y el desorden son dos palabras que designan por igual el azar. También es posible que ambas sean señuelos, engañosas destinadas a disimular el desgaste de los libros y de los sistemas” (Perc 1986, p. 34). ▀

Bibliografía

- Bellos, David. 1993, *Georges Perec. A Life in Words*, Harper Collins, Londres.
- Perc, Georges. 1986, *Pensar, clasificar*, Gedisa, Barcelona.

Ficha técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

TÍTULO: Georges Perec, el bibliotecario más extraño del mundo.

RESUMEN: El original novelista francés Georges Perec (1936-1982) trabajó como bibliotecario y documentalista durante 17 años en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia. Allí inventó un sistema de indexación llamado Flambo, unas tarjetas con veintiuna divisiones en el extremo superior, de siete colores diferentes, tres por cada color. El trabajo de Perc, riguroso y creativo, contribuyó al desarrollo del Centro y también tuvo consecuencias muy positivas para su propia obra literaria.

MATERIAS: Perc, Georges / Autores Literarios / Bibliotecarios.